

Qué hacer en caso de haber extraviado un gran Gatsby

Luis David Meneses

Pero su corazón era un constante torbellino...

*El Gran Gatsby
F. Scott Fitzgerald*

I. En la antesala

Aunque parezca improbable, los hombres poseemos la extraordinaria capacidad de perderlo todo. Se cuenta, por ejemplo, la historia de un hombre en la India, que una mañana despertó y ya no pudo recordar qué le había pasado a su elefante. Aquel hombre se perdió a sí mismo. Por supuesto, existen historias menos ajenas a nosotros –menos absurdas, pensará alguno–; en cualquier caso, lo más importante es nuestra reacción frente a la pérdida, y parece que ante ella nunca podemos mantenernos impasibles. Ni siquiera los estoicos podrían negar el sufrimiento causado por el desequilibrio que ella representa.

Claro que hay quien sobrelleva este tipo de situaciones de una mejor manera. Pero no es posible que haya un desapego total a las personas o a las cosas por parte de un individuo. Está en nuestra naturaleza sentirnos incompletos y es por eso que existen las pasiones; es la noción de pérdida, de que algo está faltando lo que nos permite relacionarnos con el mundo. De otra manera, si fuésemos seres completos, totales, no tendríamos necesidad de nada en absoluto.

En cierto modo, también la sensación de pérdida se corresponde con un sentimiento de angustia que es lo que nos obliga a recuperar lo perdido o a sufrirlo en estoica quietud. He aquí las únicas dos formas de reaccionar ante nuestra naturaleza, que se excluyen y al mismo tiempo se complementan. Ambas existen como posibilidad dentro de nosotros, y es nuestra voluntad la que las activa.

Recuerdo ahora esto porque hay a mi alrededor figuras que pasan gritando con los ojos que han perdido a un hijo, un hermano, un padre, una madre, una

mujer, un promedio, una casa, una llave, un libro, un ladrillo. Yo mismo no encuentro a una persona, lo tengo extraviado, por eso vine a la antesala del recuerdo. Para encontrar a James Gatz. No es como si alguna vez hubiéramos sido amigos, pero de pronto he sentido como la obligación de buscarlo. Quizás al encontrarlo pueda hacer algo por mí, o por él, aun quizás por otros.

II. ¿Y dónde está Gatsby?

Hace tiempo, cuando yo todavía no lo conocía, una amiga me habló de él. Su historia la había conmovido. Poco después un profesor y las películas en la televisión comenzaron a visitar su nombre; supe entonces que James Gatz me estaba persiguiendo con tanta insistencia que no me iba a dejar hasta que leyera su historia.

(Es extraño cómo esa misma persecución se viene repitiendo en mí desde hace algunos años, y al parecer siempre ocurre con personajes interesantes. Ahora que lo pienso, el primero con el que sucedió fue con Italo Calvino y su *Caballero inexistente*.)

Pues bien, una vez que me decidí a tomar las hojas que Gatsby –así le gusta que le llamen– me ofrecía, él se esfumó y hasta ahora no lo he vuelto a ver. Para ser sincero, no estoy seguro de haberlo visto claramente alguna vez. Siempre llegaba en los días de lluvia, vestido con una larga gabardina que desdibujaba su figura y un sombrero de ala ancha que tapaba hasta la mitad de su rostro. Usaba guantes, así que tampoco podría decir sus manos correspondían con lo que su biógrafo, el señor Fitzgerald afirmaba, acerca de la permanencia de Jay en el ejército.

Debo decir que para el tiempo en el que tomé la lectura, yo ya conocía el trabajo de Fitzgerald, por un pequeño libro de cuentos titulado *Historias de Pat Hobby*. Pero su vida, al igual que la de Gatsby, se mantenía en el anonimato. Así que empecé a investigar a los dos extraños personajes, y todo se volvió más confuso. La poca información que me hacían llegar era semejante a las suposiciones que volaban hasta los oídos de Nick Carraway al principio del libro. Algunos suponían un desdoblamiento, otros más suponían que el último era la invención del primero.

Seguí así hasta que tuve la oportunidad de revisar documentos fidedignos. Supe entonces que Scott decía verdad.

III. Pregúntale a Scott

Sé que el título que llevan estas páginas prometía algo distinto de lo que se ha leído hasta ahora; pero era necesario que se conociera las circunstancias bajo

las cuales me encontré con Gatsby porque ahí está la clave del éxito de este pasaje y de los siguientes.

Decía, entonces, que después de haber conocido al señor Fitzgerald, Gatsby había desaparecido. Supe que había algo de extraño en eso. Pensé, al principio, en la posibilidad de un desdoblamiento, como me lo habían sugerido. En esa época yo estaba familiarizado con ese tipo de procedimientos y no dudé de nada.

Pero la explicación se me ofrecía más compleja de lo que yo pensaba, así que acabé por dejar de lado esa teoría, aunque la psicología dijese que en Gatz se hallara una curiosa proyección de la vida de Scott Fitzgerald. Entonces opté por el otro extremo: la inexistencia de quien había firmado el libro para concederle la paternidad de su autoría. Hipótesis que fue desechada cuando leí por segunda vez alguna de las historias de Pat Hobby.

Mi última opción fue concederles una existencia independiente a ambos, tal como se me habían presentado. Y como Jay no estaba por el momento, decidí acudir a Scott, quien me recibió como Gatsby había recibido al principio del capítulo VI al impertinente reportero que lo va a visitar.

La conversación no se alargó mucho. Conocí entonces que él había nacido en el Oeste, en una familia de la burguesía media, que siempre había tenido un complejo de inferioridad debido a su posición social, y lo más importante: que había conocido a Gatsby un año antes de que la tragedia sucediera. Yo pregunté a qué se refería con «la tragedia» pero el hombre no dijo más. Me despidió y una vez fuera me encontré pensando lo que al principio: «ambos son uno y el mismo». Gatsby seguía perdido para mí.

Me dediqué a buscar en el texto una pista que me pudiera decir a dónde había ido Jay. Entonces llegué al último capítulo y quedé atrapado en aquel mundo. No he podido salir todavía y eso me crea un poco de angustia, porque no sé si algún día sabré si era Gatsby o Scott quien vivía en el mundo que se puede tocar.

IV. En el panteón

El problema que existe con las grandes obras de los grandes hombres es el siguiente: Ya están acabadas y el autor está muerto. Por un lado es bueno, porque da pie a la crítica y a la investigación, que en cierta medida son ejercicios creativos, pero por otro, no hay la oportunidad de remediar las lagunas que permanecen en la mente de un lector después de terminado el texto.

No menosprecio en ninguna manera el ejercicio del crítico o el investigador, que intentan vehementemente mostrar la luz que está escondida entre la maleza de los pasajes más oscuros de un texto, pero sé que en ocasiones la

probabilidad de conocer lo que realmente alguien ha querido decir cuando nos cuenta algo es casi nula.

Así que uno queda condenado a vagar por los bosques de la narración en busca de preguntas que nunca podrán tener respuesta porque simplemente el que ha contado la historia no ha querido agotar todas las posibilidades debido a una cuestión de estilo y forma.

Es así que nos damos cuenta de que hemos perdido muchas cosas al terminar una lectura, entre ellas, un poco más de angustia, que por extraño que parezca, disfrutamos. Y es esa misma angustia por la pérdida de la libertad y la inocencia la que nos impulsa a vagar en el bosque, tratando de inventar una salida hasta que llegamos a un lindero en donde se halla una gran construcción, cuya puerta tiene escrito a la altura de nuestros ojos el título de otro libro. La abrimos y entramos esperando haber salido del primer laberinto, tan sólo para toparnos con que hemos entrado a uno nuevo del que no saldremos aunque entremos a otro, pues este nuevo bosque se encuentra también dentro del primero, y viceversa.

V. El pájaro de fuego

Ahora me viene a la mente aquello que Borges decía: «Un hombre es todos los hombres». Siguiendo al famoso argentino, pienso que la historia de mi búsqueda es como la de *Gatsby*, y esta es a su vez como la de F. Scott Fitzgerald. Cada uno buscaba a alguien: Yo a Jay, Jay a Daisy, Scott a Zelda. Cada uno, por diversas razones, perdió en esa búsqueda: Yo porque la obra ha quedado cerrada y abierta al mismo tiempo; Jay porque fue asesinado antes de tiempo —y sin embargo en el tiempo exacto para perderme a mí en el bosque—; Scott por la enfermedad de su Zelda. Y este es el vínculo que nos une: la angustia por la pérdida.

Pero también esta angustia hizo de nuestro corazón un constante torbellino, y como el fénix que resurge de las cenizas para volar de nuevo, nos ayudó a encontrar nuevas formas para la imaginación.